

ENTRE NAZARET Y BELÉN

El origen de Jesús en los Evangelios

El presente artículo analiza el papel de Nazaret en la historia de la salvación y su significado en los relatos evangélicos. La compleja presentación de los orígenes de Jesús en los cuatro evangelios tiene en sí misma una tensión de continuidad y ruptura, antigua y nueva, expectativa y sorpresa en la vida, muerte y resurrección de Jesucristo. Dos lugares, Nazaret y Belén, caracterizan esta tensión que es fundamental para la relación entre los dos testamentos, cuya unidad está en la base de la Biblia cristiana.

“Tra Nazaret e Betlemme. Le origini di Gesù nel Vangelo”, *La Civiltà Cattolica*, 2018 (IV) 525-531

La perspectiva de Marcos

El evangelio de Marcos, el primero en ser escrito, desde el primer versículo informa al lector que Jesús es realmente el “Cristo, hijo de Dios” (Mc 1,1). El evangelista presenta a Jesús como aquel que se acerca al Jordán desde Nazaret para recibir el bautismo. El lector informado es consciente del escándalo implícito en esta presentación de Jesús (cf. Mc 1,9). Mientras Jerusalén y Belén constituyen el centro de una geografía sagrada en cuyo ámbito se desenvuelve la historia de la salvación, Nazaret es como un territorio estéril que no evoca ninguna expectativa. Sin embargo, Nazaret –una palabra que no aparece nunca en el Antiguo Testamento– juega un rol importante en cuanto que, como lugar de origen, prepara al lector al

final de la historia para otra palabra que tampoco aparece nunca en el Antiguo Testamento: la cruz.

Nazaret y la cruz constituyen el punto inicial y el punto final de un proceso que comienza a revelarse en el Jordán. Jesús viene para ser bautizado por Juan entre las multitudes que confiesan sus pecados (a pesar de ser sin pecado). Jesús viene de un “no lugar” y se dirige a otro “no lugar” para ser al final ensalzado en la cruz de los pecadores.

En el evangelio de Marcos, el lector encuentra una sola vez a Jesús en Nazaret: allí, frente al rechazo de sus conciudadanos, él “se maravilla de su incredulidad” (Mc 6,6). Enfatizando el proceso de vaciarse de Jesús, el evangelista escribe audazmente: “no pudo hacer allí ningún prodigio” (Mc 6,5). Al lector se le presenta un Mesías e

Hijo de Dios omnipotente rendido a la impotencia por la falta de fe de los que pronto se le opondrán enérgicamente.

En Marcos, Nazaret prepara al lector para la cruz que representa un “roto” en el tejido de la promesa del Antiguo Testamento, un comienzo nuevo e inesperado, como el “roto” en la apertura del cielo cuando Jesús emerge del agua del Jordán (cf. Mc 1,10) y en el velo del templo cuando Jesús muere en la cruz (cf. Mc 15,38). Aquello que es viejo, confiable y conocido, incluso la expectativa de un Mesías glorioso, queda rasgado para dejar lugar a lo nuevo: un Mesías hijo de Dios que pasa por el rechazo, el sufrimiento, la muerte y la sepultura.

La perspectiva de Juan

En el evangelio de Juan resuena de alguna manera el evangelio de Marcos. Es así por ejemplo cuando habla de Nazaret. Esta ciudad aparece dos veces en el primer capítulo de Juan. La historia muestra la sorpresa por el origen de Jesús cuando Natanael interroga a Felipe sobre su afirmación de que “aquel de quien han escrito Moisés en la ley los profetas” (Jn 1,45) es Jesús de Nazaret, el hijo de José. Natanael responde con incredulidad: “¿de Nazaret puede salir algo bueno?”. Por eso en el cuarto evangelio cuando alguien identifica a Jesús como Mesías, otro le responde: “¿el Cristo puede venir de

Galilea? ¿No dice la escritura de la estirpe de David y de Belén vendrá al Mesías?” (Jn 7,41-42). Esto causará una ruptura en las expectativas de la Escritura de Israel de manera que “la gente se dividió por causa de Jesús” (Jn 7,43).

La perspectiva de Mateo

Aunque depende en gran parte del texto de Marcos, Mateo recupera la tradición *escriturística* ubicando el nacimiento de Jesús en Belén. Mateo pone el acento en una hermenéutica de la continuidad en lugar de la ruptura, en una hermenéutica del cumplimiento de la promesa en lugar de la sorpresa chocante. La insistencia de Mateo en José como el hombre justo es el sello de esta continuidad, ya que representa el cumplimiento de la promesa contenido en la escritura. Y Belén, la ciudad de David, no es solo el lugar donde se esperaba que naciera el Mesías, sino que representa un importante papel en la historia del pueblo, un lugar donde las sombras y las luces se alternaban en los largos siglos del viaje hacia la salvación.

La alternancia de luz y oscuridad en la vida de David es bien conocida, y eso es lo que lo hace una de las figuras más complejas del Antiguo Testamento. Esta alternancia también caracteriza a la ciudad donde nació. En los cinco últimos capítulos del libro de Jueces, Belén representa una fuente de mal, de donde surge la idolatría (un

levita idólatra cf. Jc 17,9-13), y la lujuria (una concubina sofisticada y asesina cf. Jc 19,1), que llevan a la violencia y a la guerra civil.

La oscuridad que invade a Belén inunda el país interior y se disolverá solo con la luz traída a esta ciudad por la mujer moabita Rut, que representa ella misma una sorpresa. Aunque los moabitas, según la ley, están excluidos por siempre del pueblo de Dios (cf. Dt 23,3), Rut –como Abraham– deja su patria, la tribu y la casa paterna para ir a vivir a Belén, llevando con ella su luz y convirtiéndose en un modelo de fe para Israel.

Cuando tras la huida a Egipto y el retorno a Palestina, José establece la vivienda de su familia en Nazaret, Mateo de nuevo insiste en la continuidad: “será llamado el Nazareno” (Mt 2,23) como habían anunciado los profetas. El intento de encontrar en la Escritura el texto al que Mateo hace referencia ha resultado insatisfactorio. Mientras las otras cuatro citas (Is 7,14 en Mt 1,23; Mi 5,3 en Mt 2,6; Os 11,1 en Mt 2,15; y Jer 31,15 en Mt 2,18) son atribuidas a un profeta, la palabra “y será llamado nazareno” viene atribuida a los “profetas”.

El evangelista es plenamente consciente de que los profetas de Israel rendían testimonio a Dios, el cual puede dar vida de la nada, puede transformar el desierto en un jardín, puede resucitar un pueblo entero de la tumba. En la genealogía con la cual inicia su relato menciona un solo hecho de la

historia del pueblo de Israel: el exilio (Mt 1,11). Mateo ha leído a los profetas y ha meditado su mensaje: el pecado conduce a la muerte, y la muerte del pueblo es el exilio en Babilonia.

Pero Dios no permitirá que la muerte tenga la última palabra. Por lo tanto, la genealogía continúa: “Después de la deportación en Babilonia...” (Mt. 1,12). El término “Después de” manifiesta la extraordinaria sorpresa de que hay un “después”, que la muerte no es la última palabra. Esto es lo que todos los profetas enseñaron: Dios no abandonará a su pueblo a la muerte porque, a pesar de la infidelidad del pueblo, Él permanece siempre fiel. Incluso de la nada del exilio Dios producirá una nueva vida, un resto que volverá a Jerusalén para empezar de nuevo.

Sale a la luz esta creencia de que Dios no dejaría que prevaleciera la “nada” de la muerte que ha sido escrita en el primer texto –sacerdotal– de la creación: “En el principio Dios creo el cielo y la tierra. La tierra era *tohu wabohu* (la palabra hebrea es traducida como sin forma y desierta) cubierto de oscuridad y el espíritu de Dios se movía entre las aguas. Dijo Dios: haya luz. Y hubo luz” (Gen 1,1-3). En este sentido, Nazaret puede ser entendido como un símil de *tohu wabohu* del cual Dios hace nacer toda la creación. Solo Dios puede transformar el *tohu wabohu* en lugar de origen para Jesús, que se manifiesta como el extraordinario cumplimiento de los profetas de

Dios. “Todos” los profetas confirman, efectivamente, que Dios, de la nada, puede crear todo. Dios está por lo tanto trabajando en Nazaret y en el momento de la cruz.

La perspectiva de Lucas

Es Lucas quien hace de Nazaret un lugar importante de revelación. María, madre de Jesús, llamada así por quien la ha precedido –“María (Miriam) la profetisa, hermana de Aarón” (Ex 15,20)– es también una profetisa de Dios. Recibe la palabra en Nazaret, y esto es lo que trasforma el pequeño pueblo en un lugar importante como Belén. El texto de Lucas inserta Nazaret entre los lugares fundamentales de la historia de la salvación. Después de todo, si Dios pudo aparecerse al pueblo en el Sinaí (un lugar fuera de los confines de la tierra prometida a los patriarcas), si pudo seguir hablando a través de sus profetas incluso durante el exilio, ahora también puede mandar a su ángel a una virgen de Nazaret.

Lucas da un nuevo paso hacia

adelante. Nazaret incluso se presenta como más grande que Jerusalén, como un nuevo lugar de revelación. En cierto modo, Nazaret eclipsa Jerusalén en la fase inicial de la vida de Jesús.

Sin embargo, Lucas no descuida Belén y Jerusalén. Conservan su lugar preeminente: el antiguo junto al nuevo. En Belén, María, la profetisa, pone a su hijo recién nacido en un pesebre, como anticipo de que él se ofrecerá como pan para un mundo hambriento. Cuarenta días después, ella y su esposo llevan a Jesús por primera vez al Templo, donde Jesús será reconocido como “la luz que alumbrará a los paganos y la honra de su pueblo, Israel” (Lc 2,32).

Nazaret y Belén, antiguo y nuevo, ruptura y continuidad, desarraigo y arraigo, expectativa y sorpresa: la comprensión de estos contrarios, como implican todas las tensiones, es necesaria para encontrar a Jesucristo, hijo de Dios, y para llegar a conocer con mayor profundidad el sorprendente cumplimiento de la promesa de Dios en Él.

Tradujo y condensó: Manu Andueza